Fábulas en verso castellano
Juan Eugenio Hartzenbusch



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

De estas FÁBULAS, aumentadas con otras hasta el número de CIENTO, se ha formado distinta colección en un tomo elegantemente impreso en papel fino, con el objeto de que sirva a los profesores de instrucción primaria para dar premios o aguinaldos a sus discípulos.

Fábula I

Que sirve de INTRODUCCIÓN.
El treinta de abril.

Náufrago libre de borrasca fiera,
día treinta de abril, pisaba un hombre
la plácida ribera
de una isla verde, cuyo propio nombre
Isla del Nacimiento ser debiera.
Observando solícito el paraje,
y no viendo la tierra cultivada,
preguntó para sí con amargura:
-¿Si no estará poblada?
¿Si aquí la población será salvaje?-
De este modo confuso discurría,
cruzando una espesura;
cuando, ¡válgame Dios! ¡Con qué alegría
vio un trillado sendero, donde había
diversas en tamaño y en figura,
huellas de cuatro pies con herradura!
-Ya (exclamó) no hay cuidado:
estoy en un país civilizado:
sólo en un pueblo culto se procura
que gasten los cuadrúpedos calzado.
Siguiendo la vereda,
en un camino entró llano y derecho.
-No hay camino sin gente. -Dicho y hecho.
Una gran polvareda
se alza en la extremidad del horizonte;
divísanse entre el polvo diferentes
caballeros con armas relucientes,
plumas, preseas y admirable pompa;
repite el eco del vecino monte
rudo son de timbales y de trompa,
y óyese luego aclamación festiva
de *¡Viva el nuevo Rey! ¡Viva el Rey ¡Viva!*
Los jinetes se apean,
obsequiosos al náufrago rodean,
y antes que diga nada
ni acierte a disponer de su persona,
pónenle un manto real y una corona,
que a prevención la comitiva trajo;
súbenle a una carroza engalanada;
y entre clamores mil, con gozo grande,
majestad por arriba y por abajo,

mucho tirar al aire los sombreros,
y dale que le das los timbaleros,
dicen al nuevo príncipe que mande
a su cochero que ande;
y haciendo los caballos una curva,
por donde vino tórnase la turba,
gritando sin cesar: *¡Viva Facundo*
milésimo octogésimo segundo!
-Vamos, (dijo el monarca improvisado),
sin duda en esta tierra, que ya es mía,
Facundo se le pone,
llámese Andrés o Juan, Luis o Conrado,
a todo hombre de bien que se corone.
Bien antigua será la monarquía
donde, si llevan sin error la cuenta,
los reyes pasan ya de mil y ochenta.
Un paje que le oía
repuso: No es extraño,
porque duran aquí tan sólo un año.
Hoy, último de abril, la Providencia
cada año nos envía
un joven para rey: desde tal día,
trescientos, reinará, sesenta y cinco
sobre vasallos, cuyo solo ahínco
darle gusto será con su obediencia.
Pero (estén disgustados o contentos
ellos con él), corridos los trescientos
sesenta y cinco días, ordinario
número que tener el año debe,
no trayendo febrero veintinueve,
su majestad allá de mañanita
recibe la visita
de catorce alguaciles y un notario,
que le dice cortés, pero algo recio:
Llegó San Indalecio;
treinta de abril es hoy, y el calendario
de este dominio reza
que mude la corona de cabeza.
Dejarla es necesario.
Ya vuestra majestad es rey cumplido:
vuestra merced se dé por despedido.
Con lo cual, y sin dimes ni diretes,
cogen a Don Facundo los corchetes,
y en una estéril y desierta playa
le dejan que se quede o que se vaya.
-Oyes, oyes, querido,
(replica el soberano principiante)
¿y de qué vive ese hombre en adelante?
-Vive de la carrera que ha emprendido
para poderse manejar mañana,
bien o mal o peor, conforme gana.
Sujetos hay de los que fueron reyes,
que dándose al estudio de las leyes,
celebridad consiguen y dinero:

uno toma el fusil, otro el arado;
éste vende licores o pescado,
esotro es eclesiástico eminente,
aquél, diestro pintor: últimamente,
para adquirir el pan el forastero,
le ha de sudar la frente,
pues ni en la clase ilustre ni en la baja
ninguno come aquí si no trabaja.
Cesó el paje de hablar, y el rey contesta:
Eso no me disgusta:
vivir de mi trabajo no me asusta.
Sepa el amigo paje
que por juego una vez tejí una cesta;
con un año cabal de aprendizaje,
cualquiera alcanzaría
destreza regular en cestería.
Desde hoy constantemente
seis horas al oficio me consagro,
hasta que labre un cesto, que en su clase
por un esfuerzo pase
del arte cesteril, por un milagro.
Su majestad salió tan excelente
compositor de mimbre gordo y fino,
que en el concurso de la industria, vino
a conseguir el respectivo premio,
siendo solemnemente declarado
primoroso oficial, honra del gremio.
Al fin de su reinado,
quedándole por única prebenda
su rara habilidad, abrió su tienda,
que nunca se veía
de concurrentes útiles vacía.
Trabajador y gastador juicioso,
riquezas allegó, se hizo famoso,
y sucesivamente fue nombrado
alcalde, diputado,
inspector del marítimo registro,
cuatro veces virrey y al fin ministro;
todo por ser sujeto
que observaba su ley con fe y respeto,
ser íntegro y veraz, de buena pasta,
y único para armar una canasta;
de modo que a porfía
cada insular, al verle, prorrumpía:
No tenemos aquí, ni habrá en el mundo
mejor conciudadano ni cestero,
que el sucesor insigne de Facundo
milésimo octogésimo primero.

LECTORES Y LECTORAS
JÓVENES, que en estudio provechoso
vais a ocupar las fugitivas horas,
mirad en ese náufrago dichoso,
cuya vida tracé con desaliño,

la historia general de todo niño.
Nace: padres, abuelos y parientes
le reciben con júbilo y cariño;
le miman con frecuencia,
sobrado complacientes;
y en fuerza de los lloros exigentes
con que por todo a todos importuna,
reina con veleidosa omnipotencia
desde el movible trono de la cuna.
Pero el tiempo voraz, el que sin duelo
traga vidas, y mármoles y bronces,
pronto deja al muchacho sin abuelo,
y sin padre tal vez y sin herencia,
y es forzoso por sí vivir entonces.
A peligros tan ciertos y fatales,
otro remedio no hay que la enseñanza,
que aprovecha en la edad plácida y verde
las ventajosas prendas naturales,
ilustra corazón y entendimiento,
y un tesoro nos da que no se pierde.
Forma, QUERIDOS JÓVENES, la vida
serie no interrumpida
de gusto y de tormento,
de hórridas tempestades y bonanza;
pero, aunque en medio de vaivenes tales,
fiero tropel de males
amenace violento
doblegar vuestras débiles cervices,
con virtud y talento
no tenéis que temer, seréis felices.

Fábula II

La joya milagrosa.

Hay, según los navegantes,
allá lejos un país,
cuyos pobres habitantes
andan a todos instantes
con sus bienes en un tris.
Ya un espantoso huracán
hace en la cosecha riza,
ya sepultura le dan
las piedras, lava y ceniza
de un repentino volcán.
Los de ilustre jerarquía
y los míseros gañanes,
todos viven entre afanes,

recelando cada día
terremotos y huracanes.
Para auxilio en tales daños,
entrega el común señor
allí a cada morador,
ya desde sus tiernos años,
una joya de valor.
Y tales prodigios obra
la joya a los niños dada,
que con ella todo sobra,
y sin ella no se cobra,
de lo que se pierde, nada.
Sin embargo, aquella gente
se echa tanto el alma atrás,
que es la cosa más frecuente
perder la joya excelente,
y no recobrarla más.
Causará sin duda espanto
su locura; pero ¡qué!
¿Nada igual aquí se ve?
¿No hacen muchos otro tanto
con la joya de la fe?
Y sus luces, en verdad,
son las que nos guían solas
a puerto de claridad
en la noche y en las olas
de la ruda adversidad.

Fábula III

La rosa y la zarza.

Murmuraba impaciente
una rosa naciente
del cautiverio duro que sufría,
porque una zarza espesa la tenía
con sus punzantes vástagos cercada.
-Yo (sin cesar decía),
yo no disfruto aquí ni sé de nada;
sin un rayo de sol, tasado el aire,
desperdicio, de todos ignorada,
y entre espinas incómodas reclusa,
mi fragancia, colores y donaire.
La zarza respondió: Joven ilusa,
tu previsión escasa,
del bien que te hago, sin razón me acusa.
Bajo mis ramas a cubierto vives
del sol canicular que nos abrasa;
el golpe no recibes
del granizo cruel que nos deshoja;

y ese muro de espinas que te enoja,
defiende tu hermosura
de que una mano rústica la coja.
La flor entonces, de despecho roja,
¡Mal haya (replicó) la ruin cordura,
que de riesgos que no hay, tiembla y se apura!
No fue la maldición echada en vano.
A los pocos momentos un villano
llega con la cortante podadera:
la despiadada mano
descarga en el zarzal; hiere, destroza,
y tan completamente me le roza,
que ni un retoño le dejó siquiera.
Poco de la catástrofe se duele,
persuadida la rosa de que gana,
quedándose sin aya que la cele.
Descanse en paz la rígida guardiana.
¡Qué feliz su discípula es ahora!
Bañada en el relente de la aurora,
descoge con orgullo
su tierno y odorífero capullo:
princesa de las flores
la proclaman los pájaros cantores.
Pero el viento la empolva y la molesta,
sol picante la tuesta,
la ensucia el caracol impertinente
con pegajosa baba,
y apenas se la enjuga,
cuando voraz la oruga
su venenoso diente [17]
una vez y otra vez en ella clava.
Se descolora la infeliz, se arruga,
y una ráfaga recia de solano
desparramó sus hojas por el llano.

Es el recogimiento
condición de las jóvenes precisa:
falta en la mocedad conocimiento
del suelo que se pisa.
La niña que imprudente,
sola y sin guía recorrer intente
la senda de la vida peligrosa,
tema la suerte de la indócil rosa.

Fábula IV

Los premios de la emperatriz.

La emperatriz Sofía
cuatro veces al año repartía

en pública sesión dos medallones,
cada cual de valor de cien doblones,
premio del colegial y colegiala,
que eran en los exámenes juzgados
en grado superior aventajados.
Vestiditos de gala,
y de curiosa multitud cercados,
entraban juntos en la rica sala,
donde, al son de trompetas y atabales,
a veces con la joya recibían
otros diversos dones
de las pródigas manos imperiales;
al paso que en algunas ocasiones
corridos niño y niña se veían
al recibir, delante
de aquel numerosísimo concurso,
dádiva tan chocante,
que la plebe y la corte, sin recurso,
burlábanse con dura pertinacia
de los dos angelitos: verbi gracia.
Benito y Valentina,
chicos de doce abriles,
él docto en la gramática latina,
y hábil ella en labores femeniles,
fueron los dos electos
por la junta de escuelas competente
como pareja igual, sobresaliente,
como alumnos perfectos
de latín y costura. Lindamente.
Pero es el caso que en palacio había
un pajarito azul, que los defectos
de los niños de escuela descubría;
y el pájaro maldito
contó a la Emperatriz... -¡Qué picardía!
Yo, vamos, el pescuezo le torciera.
Contó de Valentina y de Benito
la corta friolera
de que él era un llorón, y ella una fiera.
Ya llegó el día de función prescrito.
La señorita, pues, y el señorito
prepáranse de prisa y van despacio
(porque mejor los miren) a palacio.
Su Majestad al cuello
les pone, al son del atabal sonoro,
los codiciados medallones de oro;
y después (aquí es ello)
dice a Benito así: Cierta avecilla
que os atisba las faltas y las pilla,
te acusa de marica y apocado;
por lo cual, que te compren he mandado
ese cumplido chal y esa mantilla:
póntelos de contado.
Y usted (dijo a la niña) que es persona
del sexo débil y de clase fina;

pero que audaz y díscola y gritona,
en vez de *Valentina*,
merece se la llame *Valentona*,
sepa que por sus rústicas hombradas,
le va a plantar aquí mi camarera
un par de charreteras encarnadas
y una gorra de pelo granadera.

Pues o renuncian a su ser y nombre,
o han de tener por cualidad primera
dulzura la mujer, valor el hombre.

Fábula V

La verdad sospechosa.

Llevaban a enterrar dos granaderos
al soldado andaluz Fermín Trigueros,
embrollón sin igual, que de un balazo
cayó sin menear ni pie ni brazo.
-¡Hola, sepultureros!
(les dijo un oficial), ¿murió ese tuno?
-Murió, (contesta, de los dos, el uno).
Aquí Trigueros en su acuerdo torna,
y oyendo la expresión, dice con sorna:
Lo que es por la presente,
me figuro que vivo, mi teniente.
A lo cual replicó su camarada:
No dé usted a Fermín crédito en nada.
Siempre embustero fue: su fin es cierto;
pero aún miente el bribón después de muerto.

Quien falte a la verdad, con eso cuente:
dirá que hay Dios, y le dirán que miente.

Fábula VI

Pedro Enreda.

De aquel célebre *Juan*, por mote *Lanas*,
hijo fue *Pedro*, por apodo *Enreda*,
buscador impertérrito de nidos
en tiempo de la veda,
verdugo de lagartos y de ranas,
y apedreador insigne de ventanas.
Estudiaba latín... Miento: asistía

quince días al mes, y no seguidos,
a la clase del dómine García;
pero eso de estudiar... ¡qué tontería!
Les embelesa tanto los sentidos
a ciertas criaturas
el placer sin igual de hacer diabluras,
que es trabajar en vano
enseñarles latín ni castellano.
Al salir, pues, el estudiante maula
un miércoles del aula,
le fue Juan a esperar: llegó temprano,
y estando enfermo por allí un vecino,
pasose Juan a verle de camino.
Perico Enreda en tanto
se anticipó a salir. -A jugar, ea.
Hoy me toca ejercicio de pedrea;
mas que venga, provisto de antiparras
por la calle y me vea
ese dómine abanto,
gruñidor y estafermo.
Yo sabré libertarme de sus garras.
Dice: y agarra un canto,
mira con precaución a la redonda,
ve una ventana abierta,
(era la de la alcoba del enfermo),
lanza por ella el proyectil con honda,
y al inocente Juan a darle acierta
en lo alto de la calva descubierta,
causándole del golpe tal herida,
que por gracia de Dios quedó con vida.

Malas inclinaciones de muchachos,
que el rigor a su tiempo no endereza,
darán el fruto de partir en cachos
al indolente padre la cabeza.

Fábula VII

El envidioso.

Magnífico manzano
en el corral de un clérigo crecía.
Un vecino, de envidia se moría
viéndole tan fecundo y tan lozano:
él ni manzano ni corral tenía.
Y ya que de otro modo
no supo desfogar su encono fiero,
arrojaba al frutal desde un granero
el desperdicio de su casa todo,
haciendo del corral estercolero.

Bien ensució el ramaje;
mas la lluvia a su tiempo le limpiaba,
la tierra con la broza se abonaba,
y el resultado fue del ruin ultraje
que más fruto y mejor el árbol daba.

Más útil que nociva
es la gente mordaz que tanto abunda,
pues hace con su rabia furibunda
que el íntegro varón más cauto viva,
y más pronto a sus émulos confunda.

Fábula VIII

La rosa amarilla.

Amarilla volviose
la rosa blanca,
por envidia que tuvo
de la encarnada.

Teman las niñas
convertirse de blancas
en amarillas.

Fábula IX

Los cascabeles de oro.

Blanca, rubia, lindísima, salada,
risueña, bien hablada
y en mil habilidades eminente
para su corta edad, tal era Rosa;
mas ¡ay! Enteramente
sus raras prendas olvidar hacía
una falta notable que tenía.
Rosita, la discreta, la donosa,
dio en la maña fatal de ser curiosa.
En acechar pasaba todo el día:
todito, mal o bien, lo averiguaba,
y en seguida a parientes y lejanos
todo con adiciones lo contaba:
curiosidad y chisme son hermanos.
Y si alguno lo duda, gente seria
le enseñará, tratando la materia
con grande copia de razones altas,

que rarísima vez existe sola
una de aquellas faltas.
Atisbar y contar, allá en el juicio
de muchos y doctísimos varones,
son como en el reptil cabeza y cola:
son dos partes de un cuerpo, dos acciones
unidas con recíproco ejercicio:
dos formas de pecar que tiene un vicio.
-Basta de digresión, que va larguita.
Sigamos con la historia de Rosita.
Era bien infeliz: a cada paso
llenaban a su madre las orejas
de avisos y de quejas
diferentes personas
dignas de hacer de su dictamen caso;
y Rosa castigada,
sin tregua ni descanso padecía
dolorosos ayunos y encerronas,
y siempre se veía
de toda suerte de placer privada,
raramente vestida y mal peinada.
Doña Tomasa, su mamá, se dijo:
Veré, con un ardid, si la corrijo.
No se trate ya más de penitencia.
Tomó la diligencia,
y marchóse a vivir en un cortijo.
Como por incidencia,
vino allí de la corte
el médico ordinario de la casa.
Encerróse con él doña Tomasa,
y atando por adentro el picaporte
por no tener la cerradura llave,
fingieron ventilar negocio grave.
Rosita, con aquellos aparatos,
ya se supone que se puso alerta:
quitóse los zapatos,
y alzados los talones,
pasito a paso fue como un pilluelo,
y atisbó por debajo de la puerta.
Echada la curiosa por el suelo,
besando los ladrillos,
oyó decir a su mamá: Razones,
indulgencia, rigor, todo se aplica;
pero nada me vale con la chica.
Hay otros defectillos
que se pueden sufrir; pero éste, creo
que si no es el más feo,
es el que excita más la antipatía:
nadie quiere vivir con una espía.
-Vamos, señora, vamos
(contestaba el doctor), compadezcamos
a tales infelices,
pues nace el ser curioso
de un órgano facial defectuoso.

-¡Calle! ¿Qué órgano es ése? -Las narices.
Persona con nariz de poco peso
tiene que ser curiosa con exceso.
La curación del mal está en la mano.
¿Es un sujeto de nariz liviano?
Bueno: inmediatamente
se le hace un añadido suficiente
de cualquiera metal, y agur, amigo:
en menos que lo digo,
la persona más terca, la más zafia,
se olvida de espionaje y chismografía.
-¿Está seguro usted? -Y tan seguro
que más no puede ser: la señorita
corre ya por mi cuenta. ¡Pobrecita!
Usted la castigaba; yo la curo...
Y sacará una moda muy bonita,
que a costa de un pequeño sacrificio,
les hará mucho bien a varias gentes.
-Y ¿cuál es esa moda, Don Patricio?
-La de llevar en la nariz pendientes.
Voy a Madrid: me labrará un platero
dos arillitos de oro con esmero,
y haré que les agregue por colgantes
un par de cascabeles elegantes,
cuidando que les ponga la bolita
del peso que la niña necesita.
Romper en la nariz los agujeros
es obra de poquísimos instantes:
durante los primeros
duele, pero poquito, casi nada.
Es mortificación por conveniencia;
y Rosa, como niña bien criada,
recibirá la aguja con paciencia.
En estando aviada
con sus bonitos cascabeles de oro,
le juro a usted por Avicena el moro
que no ha de haber por la muchacha riña.
-Corriente: cascabeles a la niña.
Rosita sin estruendo,
pero con miedo atroz, se fue corriendo.
-Es verdad (exclamó), verdad y mucha,
que siempre oye su daño quien escucha.
¡Vaya que los doctores son crueles!
¡A mí querer abrirme
a hierro la nariz! ¡Yo cascabeles!
Las pinchaduras dolerán de firme;
y luego, para alivio de trabajos,
¿qué papel haré yo con dos colgajos
que nadie gastará? ¿Quién se acomoda
con tan extraña, tan horrible moda?
¿Qué moda? Si eso iguala
a un letrero que diga: *Yo soy mala*.
Y si voy a Madrid... ¡Virgen del Carmen!
Conmoverá la población entera

el alboroto que armen
los cascabeles de Rosita Vera.
Por no estrenar el afrentoso dije,
pesado a la nariz, molesto al labio,
me corrijo. -En efecto, se corrige,
y tan completamente,
que al regresar el naricista sabio
trayendo el salutífero presente,
le dijo la mamá, de gozo llena:
Estamos por acá de enhorabuena.
La nariz de Rosita, no sé cómo,
era de pluma, y se volvió de plomo.
Ya no atisba jamás ni picotea,
y está, gracias a Dios, desconocida.
Por eso convendrá que suspendamos
la operación aquella consabida;
pero si hay recaída,
y otra vez repitiere sus deslices,
entonces le plantamos
cascabelitos de oro en las narices.

Cascabeles, cencerros, esquilones
de buque bien capaz y brocal ancho
llevar a la garganta debería
la turba de curiosos embrollones,
traperos de perdidas expresiones,
que lo revuelven todo con su gancho.
Con el ruido el soplón se anunciaría;
y al llegar a un corrillo, alguien diría:
Quédese aquí la plática pendiente,
porque el buen perillán que nos acecha,
lo parla todo, y al contarlo, miente.
Oye lo que le llega buenamente,
y añade lo demás de su cosecha.

Fábula X

Timantes.

Pintaba el celebérrimo Timantes
un Júpiter con ojos fulgurantes,
rayo en la diestra y en la izquierda rayo;
y al severo pintor díjole un payo:
Si en ambas manos el rigor le pones,
¿con cuál vierte ese Dios premios y dones?

Es en la Omnipotencia
igual a la justicia la clemencia.

Fábula XI

El retrato de Júpiter.

Haciendo por Tetuán una jornada,
ocurriole a Mercurio la humorada
de conducir un mono a ver el cielo.
Cogiole, pues, al vuelo,
túvole allá una buena temporada,
y cuando al fin se le pasó el capricho,
puso otra vez en el nativo suelo
al venturoso trasplantado bicho.
En tropel acudieron sus iguales
a pedir al viajero
noticia de las cosas celestiales.
-Que nos retrate a Júpiter, (decían),
que a Júpiter describa, lo primero.
Tose el mono y empieza
la majestad pintando y la grandeza
de la suma deidad... No le entendían.
Habla después con religioso fuego
del amor y respeto que inspiraba...
Ninguno le escuchaba.
-Todo eso que nos dices
(interrumpió un tití), vendrá bien luego;
pero los circunstantes
quisieran más que refirieras antes
si tiene el dios azules las narices,
si es peludo, si es flaco,
si es de origen papión, o si es macaco,
si de patas con garbo se enarbola,
y hasta dónde se alcanza con la cola.
-Calla y no escandalices
(prorrumpió el orador): ¡habrá perverso!
¡Cola pone al señor del Universo!
El Júpiter que vi de rayo armado,
el poderoso numen que sentado
vi del Olimpo en el sublime trono,
en nada, en nada se parece al mono.
Ningún dios, grande o chico,
tiene un pelo de mono ni de mico.

Pero quien más no alcanza,
lo hace todo a su pobre semejanza.

Fábula XII

Blasito.

Estaba el niño Gil postrado en cama
de una fiebre tenaz y peligrosa,
y el médico mandó que el tierno brazo
tendiese a la lanceta salvadora.
No era Gil de los tímidos chicuelos,
que si de sangre pierden una gota,
se ponen a temblar; brioso y dócil,
se conformó con la sentencia docta.
A presenciar la interesante escena,
solícitos acuden a la alcoba
los padres, la criada, y el primero
Blas, hermano de Gil, que en él adora.
Átale a Gil el sangrador la venda,
báñale el brazo en agua, se le frota,
y la vena infantil hinchada al cabo,
el hombre el pincho con los dedos toma.
Callado Blas y atónito observaba
la tal operación preparatoria,
sin saber qué pensar; mas en el punto
que la lanceta vio... ¡Virgen de Atocha!
¡Qué lágrimas! ¡Qué gritos! -Yo no quiero
(clamaba sin cesar aquella boca),
yo no quiero que pinchen a mi hermano.
¡Váyase usted de aquí, mata-personas!
-¡Cuánto me quiere Blas!, dijo el paciente.
-Es muy buen corazón, dijo llorosa
de placer la mamá: lo mismo el padre
sintió, y el cirujano y la fregona.
Retiraron a Blas, pues de otro modo
su fraternal dolor allí le ahoga.
Corrió la sangre del querido enfermo,
y se alivió y curóse por la posta.
El júbilo de Blas ya se supone.
Como su afecto a Gil era una cosa
fuera de lo común, su madre en pago
diole unos mazapanes de Vitoria.
-A la parte me llamo, Gil le dijo.
-Guardarlos quiero, contestó con sorna
el cariñoso Blas. Para guardarlos,
se los comió en seguida el zampatortas.
-¡Bravo! (exclamaba Gil) señor goloso,
usted que tanto por su hermano llora,
¡un miserable mazapán le niega,
y sin reparo los engulle a solas!
Pues el tener buen alma no consiste
sólo en gimotear; consiste en obras.
Blasito relamiéndose, repuso:
-Una cosa es llorar, y dar es otra.

Fábula XIII

Las espigas.
La espiga rica en fruto
se inclina a tierra;
la que no tiene grano,
se empina tiesa.

Es en su porte
modesto el hombre sabio,
y altivo el zote.

Fábula XIV

La peonza y la perinola.

La rebelde, la rústica peonza
dijo a la perinola con enfado
allá en su jerigonza:
Suerte bien desigual nos ha tocado.
A ti con mucho mimo,
cuando te hacen andar, te dan impulso,
entre dos dedos revolviendo tu eje:
no se me trata a mí con tanto pulso.
Yo, cuando me andan, gimo
al compás de la bárbara correa,
con que un muchacho hereje
me arrima cada golpe que me brea;
y cuanto más el movimiento animo,
con más fuerte rigor me zarandea.
-Querida (respondió la perinola),
en ti consiste sola
el trato que te dan: tú lo evitaras,
a ser juguete, como yo, ligero;
mas ¿qué han de hacer contigo,
si en apartando el látigo te paras?
Yo sin embargo consolarte espero.
Nuestro papá el tornero,
puede, si se lo digo
y quieres animosa decidirte,
quitarte la madera que te sobra,
y en ágil perinola convertirte.
¡Friolera es la obra!
(exclamó la peonza sofocada.)
Prefiero que el zurriago me atormente,

a sufrir que la gubia me hinque el diente.

¡No sabes ni empezar el catecismo,
y al preceptor acusas de inclemencia!
Quéjate de ti mismo:
para buen escolar no hay penitencia.

Fábula XV

El látigo.

La madre de un muchacho campesino
ganaba de comer hilando lino,
y el muchacho, grandísimo galopo,
le hurtaba una porción de cada copo.
Juntando las porciones, fue tejiendo
un látigo tremendo,
con la villana idea
de pegar a los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
la intención, por lo visto, mucho menos.
Diose a pelar la rueca tanta prisa,
que hubo la madre de notar la sisa,
y registrando con afán prolijo
el arca donde el hijo
guardaba con su ropa sus peones,
el látigo encontró de repelones.
Cogiole furibunda,
y al muchacho le dio tan larga tunda,
que a contar de las piernas al cogote,
no le dejó lugar libre de azote,
diciendo, al batanarle de alto a bajo:
¡Mira cómo te luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo,
y con el robo yo te vapuleo.

Siempre verás que el vicio
se labra por sus manos el suplicio.

Fábula XVI

La sardina y la ostra.
Dirigida a la amable niña doña Rosita Andriani y Palacios

A la ostra le dijo la sardina:
¿Qué se hace usted, vecina?

Por más que nado yo, por más que miro,
sólo en este rincón alcanzo a verla.
¿En qué se ocupa usted en su retiro?
-En criar una perla.

Esa perla eres tú, cándida ROSA.
¡Dichosa tú! ¡Dichosa
la niña a quien instruya
madre tan ejemplar como la tuya!

Fábula XVII

El niño mono.

A Curro el figurero,
grande remedador y gran gestero,
llevó su padre a ver con otros chicos
una porción de monos y de micos,
que, previa la licencia del alcalde,
un charlatán al público enseñaba,
ya se deja pensar que no de balde.
Cualquier extravagante monería
que uno de los cuadrúpedos hacía,
Currito la imitaba;
pero ¡cómo! tan bien, que sin empacho
con los bichos podía
competir y vencerlos el muchacho.
Verle saltar allí, verle rascarse,
quebrantar una nuez, una avellana,
y al encontrarla vana
escupir y enfadarse,
fue ver, no una persona,
sino la más estrafalaria mona.
-Usted con su cuadrilla
(le dijo en esto al charlatán el padre)
por fuerza gana patacones buenos,
porque en verdad, compadre,
para animales, de razón ajenos,
el instinto que tienen, maravilla;
el habla sólo se les echa menos.
-Ahí, señor don Roque
(respondió el charlatán), ahí es el toque.
Seis años hace que ando
a realitos ahuchando
cantidad que resulte razonable
para poder comprar un mono que hable.
Ya, gracias al Señor, junté el dinero;
mas no hallo mono como yo le quiero.
Aquí mi charlatán vuelve la cara,
y en las diabluras de Pachín repara.

-¡Jesús! (exclama con asombro chusco.)
Esto es lo que yo busco.
Un mono verdadero,
pero blanco, pelón, buena figura,
diestro para llevar nuestro vestido,
y que hable por cualquiera coyuntura.
Ya dí con él por fin; ya ha parecido
el animal famoso
que yo busqué afanoso
por todo el mundo, caminando a pata.
Si me le vende usted, me hago de plata.
Erraba el charlatán: sobrado abunda
la raza de monillos con calzones,
que divierte de balde los salones
con esa habilidad, que Dios confunda.

Fábula XVIII

El espejo y el agua.

Disputaron el agua y el espejo,
y fue la riña del tenor siguiente.
-ÉL: Yo, de genio duro, lo reflejo
todo sin aprensión exactamente.
-ELLA: Pues yo, con mi carácter blando,
todo lo pinto a medias y jugando.
-El defecto menor, el más pequeño
tizne que manche un rostro, yo lo enseño.
-La mancha enseñarás; pero, amiguito,
hago yo más que tú, pues yo la quito.

Enoja la desnuda reprimenda;
dulce amonestación produce enmienda.

Fábula XIX

La toalla.

¡Ay! (Exclamó Isabel) ¡ay qué toalla!
Cuando me enjugo el rostro, me le ralla.
Su aya le dice: Si la broza quita,
perdona el refregón, Isabelita.

Fábula XX

El caballo de bronce.

Niños que de seis a once,
tarde y noche alegremente,
jugáis en torno a la fuente
del gran caballo de bronce
que hay en la plaza de Oriente.
Suspended vuestras carreras,
pues hace calor; y oíd
una historia muy de veras,
y de las más lastimeras
que se cuentan por Madrid.
Ese caballo años ha
estaba, como quizá
sabréis sin que yo lo indique,
dentro del Retiro, allá
frente a la casa *del Dique* .
Allí da el jardín frescura
con sus aguas y verdor,
y el canoro ruiseñor
tiene morada segura
de enemigo cazador.
Allí al caballo volaban
con fácil y presto arranque
mil pájaros que llegaban
a beber en el estanque,
cuyas ondas le cercaban.
Allí, con reserva poca,
le corría todo entero
la turba intrépida y loca,
y hallábale un agujero
que tiene el bruto en la boca.
Es tal la disposición,
que por la parte de afuera
da fácil introducción
a un pajarillo cualquiera
del tamaño de un gorrión.
Por adentro, sin percance,
todo el cuello de un avance
mete el pájaro; después,
como no hay dónde afiance
ni las alas ni los pies,
ni ellos le son de provecho,
ni ellas le hacen sino estorbo;
y empujando con despecho,
se hiere garganta y pecho
contra el borde áspero y corvo.
Y víctima el animal
de su imprudencia fatal
que salir de allí le veda,
vuela, anda, se atonta y rueda

por la cárcel de metal.
  Donde triste prisionero,
pidiendo en vano merced,
sobre muchos que primero
tuvieron su paradero,
perece de hambre y de sed.
  Mil avecillas, buscando
sombra densa en el estío,
mil en el invierno, cuando
ya lloviendo, ya nevando,
traspasábalas el frío,
  embocáronse en la panza
del caballo, que en venganza
debió decir para sí:
Renunciad a la esperanza,
pájaros que entráis en mí.
  Con el tiempo se mudó
del jardín en que habitó
a la plaza donde está,
y entonces se le quitó
el cuerpo que encima va.
  Y los cóncavos secretos
del cuadrúpedo cruel
aparecieron repletos
de plumas y de esqueletos
de aves tragadas por él.
  Dañosa curiosidad
las condujo a muerte cruda.
-¡Ay! ¡Cuántos en nuestra edad
por la brecha de la duda
se abisman en la impiedad!
  Abismo donde pedir
favor al mortal discurso
no basta para salir:
él nos deja sin recurso
desesperar y morir.

Fábula XXI

El santero.

  A cierta romería,
sobre una dócil mula caballero,
iba en Andalucía
un pícaro santero,
que de cada espolazo
al animal sacábale un pedazo,
y mientras, cariñoso le decía:
Corra, que su cachaza me atribula;
corra por caridad, hermana mula .

Faz de paloma, corazón de arpía,
palabras de ángel y obras de demonio:
tal es, sin levantarle testimonio,
la pérfida, la vil hipocresía.

Fábula XXII

Los tres quejosos.

¡Qué mal (gritó la mona)
que estoy sin rabo!
¡Qué mal estoy sin astas!
Repuso el asno.
Y dijo el topo:
Más debo yo quejarme,
que estoy sin ojos.
No reniegues, Camilo,
de tu fortuna;
que otros podrán dolerse
más de la suya.

Si se repara,
nadie en el mundo tiene
dicha colmada. [54]

Fábula XXIII

La lluvia de verano.

Muy de madrugada
sale de su aldea
Lucas para un viaje
de unas ocho leguas.
No hay en todas ocho
parador ni venta,
no hay por el camino
árboles siquiera.
Gran calor aguarda,
porque julio empieza;
va por eso Lucas
bien a la ligera.
De flexible paja
sombrerito lleva;
pantalón y chupa
son de primavera,
y alpargata leve

calza, que sujetan
lazos que le cruzan
sobre empeine y pierna.
Con lo cual y un palo
y un morral de jerga,
Lucas diligente
del lugar se aleja.
Aún el sol no asoma,
la mañana es fresca,
nubes aparecen,
se levanta niebla.
Horas van pasando;
la humedad se aumenta:
ya menudas gotas
por el aire ruedan,
hasta que a torrentes
lanzan las esferas
lluvia que amenaza
inundar la tierra.
Cuál estaba Lucas,
júzguelo cualquiera:
hízose una sopa
de pies a cabeza.
No era ciertamente
grande su paciencia:
enojóse, y loca
se soltó su lengua.
-Luego quieren (dijo)
que uno se someta
dócil a las leyes
de la Providencia.
Esta condenada
lluvia que no cesa,
¿qué motivo tiene?,
¿qué bien acarrea?
Mala es y remala
para la cosecha,
y salud y vida
puede que yo pierda.
Esto hablaba el necio,
cuando de unas peñas
un ladrón armado
sale y se le acerca.
Lucas imprudente
su garrote apresta,
sin mirar que el otro
tiene una escopeta.
Del gatillo tira
el ladrón con fuerza;
mas por dicha el tiro
sin salir se queda.
Lucas acomete
con audacia nueva,
y el malvado entonces

huye entre las quiebras,
y para que Lucas
algo se detenga,
la escopeta arroja,
porque ya le pesa.
Nuestro caminante
discurrió al cogerla:
No estará cargada,
cuando así la suelta.
Mírala, y entonces,
¡cuál fue su sorpresa!
Carga doble dentro
del cañón encuentra;
pero entrambas cargas
barro estaban hechas,
y aun lo mismo el cebo
de la cazoleta.
-¡Diantre! (dijo Lucas
muerto de vergüenza),
locamente al cielo
dirigí mis quejas.
Pólvora excelente
la del ladrón era,
y ella se inflamara
si estuviese seca.
Niebla y lluvia hicieron
que se humedeciera:
si ellas me calaron,
me salvaron ellas.

¡Gloria a Dios que rige
la naturaleza!
No hay mal en el mundo
que por bien no venga.

Fábula XXIV

Los polvos de la madre Celestina.

Señor maestro, (preguntó Raimundo)
los polvos de la madre Celestina,
que todo lo alcanzaban en el mundo,
¿se sabe o se imagina
de qué pudieran ser? -Cuatro ingredientes,
(díjole el preceptor) omnipotentes,
entraban en la mágica mixtura:
oro, saber, esfuerzo y hermosura.
Hoy, lo que tantas maravillas obra
es el oro no más; el resto sobra.

Por gracia, no de Dios, reina el dinero,
soberano señor del mundo entero.

Fábula XXV

El árabe hambriento.

Perdido en un desierto
un árabe infeliz, ya medio muerto
de sed, hambre y fatiga,
se encontró un envoltorio de vejiga.
Lo levantó, le sorprendió el sonido,
y dijo de placer estremecido:
Ostras deben de ser. -Mas al verterlas,
-¡ay! (Exclamó) son perlas.

En ciertas ocasiones
no le valen al rico sus millones.

Fábula XXVI

El dinero.

Gastó su hacienda un rico
en dar limosna,
y Dios, en recompensa,
le dio la gloria.

Con el dinero,
de este modo se puede
ganar el cielo.

Fábula XXVII

La fuente mansa.

Mira esa fuente plácida, Florencio,
que fluye sin rumor, y baña el prado.
Con su ejemplo enseñado,
haz al prójimo bien, y hazlo en silencio.

Fábula XXVIII

El oso y el elefante.

Quejábase el oso torpe
al elefante sagaz
de cierta contradicción
que no acertaba a explicar.
-¡Cuidado (exclamaba el pobre)
que raya en atrocidad
lo que los hombres exigen
de un infeliz animal!
A mí, que soy justamente
la misma formalidad,
¿no se empeñan los malditos
en obligarme a bailar?
Si saben que esas monadas
no son de mi natural,
¿por qué, cuando ven que bailo,
me silban sin caridad?
También (dijo el elefante)
me enseñan a mí a danzar,
y a fe que tú no me ganas
a respetable y formal.
Y sin embargo, de mí
nadie se ríe jamás;
antes aplaudir he visto
a todos mi habilidad,
admirando que una bestia
tan pesada y colosal
sepa mover diestramente
los cuatro pies a compás.
Con que si en hacerte burla
sola gente fisgona da,
no debe ser porque bailas,
sino porque bailas mal.

Fábula XXIX

La visión y el libro.

A cierto pecador impenitente,
de los que tienen conocidamente
ya en la conciencia callo,
todas las noches al cantar el gallo,
una horrible visión se aparecía.
De nada al visitado le servía
valerse de conjuros y oraciones:
tiesa que tiesa la visión impía
dos horitas con él se divertía,
sus ojazos clavándole saltones:
¡Huy! El Señor nos libre de visiones.

Una noche de invierno
en que rabiaba el hombre de furioso
con aquel pasmarote sempiterno,
va y coge una novela,
fresquita producción de autor famoso,
perteneciente a la infernal escuela
patrona del delito,
y pónese a leer a voz en grito.
Hervía el indecente novelucho
en pasos y personas discordantes.
Allí escenas de crápula y garito;
allí era ver sayones y danzantes,
hijas de emperador, disciplinantes
con máscara y hachón y capirucho,
brujas que revolaban sobre escobas,
sangre desperdiciada por arrobas
en duelos, en patíbulo y tortura,
canto de gori gori, sepultura,
y al terminar la deleitable historia,
infierno y limbo, purgatorio y gloria.
Al oír lo bestial de cierto chasco,
principió la visión haciendo gestos.
Llegaron dos pasajes nada honestos,
y a la pobre visión le dieron asco.
Bufando a cada instante,
sufrió la relación una hora justa;
pero después se le apuró el aguante,
y dando un revolcón, tomó el portante.
-Esta clase de libros no le gusta
(dijo con alborozo el visitado):
pues bien: ya tengo el exorcismo hallado.
A la otra noche, la visión en casa.
El hombre, zas, comienza la lectura;
y la visita incómoda le dura
sólo media hora escasa.
Lo que es a la tercera
no dejó la fantasma ni siquiera
dos hojas acabar; huyó diciendo:
No temas que mi vuelta se repita;
mas ya que te irritaba la visita,
sábete que un suplicio más tremendo
te ha de venir, bebiendo
la moral de tu hermosa novelita.

Escritos hay en cantidad no corta,
que ni el mismo demontre los soporta.

Fábula XXX

El abanico.

Para ocultar el rostro
enrojecido,
a las niñas dio Venus
el abanico.

Ciertas y ciertas
cubren con él la falta
de la vergüenza.

Fábula XXXI

El cuervo y la zorra.

Rabiaba un carnicero
con el pícaro gato de un vecino;
y por matar al animal dañino,
separó una tajada de carnero,
y adobada con dosis algo fuerte
de un tósigo de muerte,
púsola en el tejado,
por donde a su capricho
entraba a merendar el susodicho.
Un cuervo que lo vio, partió flechado,
pilló el macizo trozo,
y a un árbol escapó lleno de gozo.
Al tiempo que iba el grajo
a trinchar el magnífico tasajo,
hete pues, que aparécese la zorra,
con gana siempre de comer de gorra,
y exclama diestra con acento blando:
-¡Ave de Jove, te saludo grata!
El cuervo preguntó a la mojigata:
¿A quién discurres tú que estás hablando?
-¿A quién? (le respondió la zalamera),
al águila altanera,
que del lado de Júpiter clemente
baja diariamente,
y echa desde la copa de esa encina
el don que por sustento me destina.
¿A qué venir disimulando ahora,
cuando miro en tu garra triunfadora
la codiciada presa,
que a esta desamparada criatura
contigo el Dios envía de su mesa?
-La zorra se figura
(para sí dijo el cuervo complacido)
que soy águila yo: locura fuera
desengañarla y deshacer el trueco.
Soltó con bizarría majadera

el robo por la zorra apetecido,
tendió las alas y se fue tan hueco.
El animal astuto
cogió contento el fruto
debido a sus indignas artimañas.
Cómelo con presteza:
convulsiones extrañas
luego a sentir empieza,
y abrásale el veneno las entrañas.
Ciertos bien conocidos perillanes,
que viven de adular a la simpleza
sin rastro de pudor, ¿no fuera bueno
que tragaran en salsa de faisanes
una dosis decente de veneno?

Fábula XXXII

El comprador y el hortera.

Cuentecillo forjado por deleite
parecerá sin duda la contienda,
que se trabó en Madrid en una tienda
de vinagre y aceite.
Despachaba en la calle de Torija
líquidos un muchacho madrileño;
y otro, según la traza, lugareño,
fue por aceite allí con su vasija.
-Tú, cara de lechuza,
(dijo sin aprensión el forastero)
despáchame ligero,
lléname bien la alcuza.
-Cuando sepas hablar en castellano,
(le replicó el hortera)
sabrás que lo que tienes en la mano
se llama la *aceitera*.
-En toda tierra que garbanzos cría
(contestó el provincial enardecido),
alcuza siempre ha sido,
y alcuza la nombramos en el día.
-En tierra (dijo el otro) de garbanzos,
corre por aceitera solamente;
y quien le ponga nombre diferente,
ha nacido entre malvas y mastranzos.
El patán en sus trece se mantuvo;
le rechazaba el horterilla listo:
se incomodaron, y hubo
por consiguiente la de Dios es Cristo.
A las voces y apodos
cachetina siguió larga y furiosa:
todo por una cosa

que se puede llamar de entrambos modos.

Pueril extravagancia
es, pero comunísima en el hombre,
no poner en disputa la sustancia
y reñir por el nombre.

Fábula XXXIII

La fortuna.

Hízose moda llamar
a la Fortuna cruel
y ciega y loca de atar:
ella mandó circular
por todo el orbe un papel.
«¿Quien tuviere (en él decía)
conmigo cuestión alguna,
preséntese en Almería
tal año, tal mes, tal día.
Firmado: Yo la Fortuna.»
Voló todo pretendiente
por no llegar el segundo.
¡Cuánta cara diferente!
Hasta de Zafra hubo gente,
que es pueblo fuera del mundo.
Con terrible trapisonda
pasó el primer pelotón
al local de la sesión.
Una gran mesa redonda
casi ocupaba el salón.
Cubre la mesa un brocado;
y en el centro, donde ya
ningún brazo llegará,
se halla esparcido y mezclado
cuanto la Fortuna da.
Bastones, mitras, dogales,
moneda en bolsas distintas,
plumas, azadas, puñales,
mantos, bulas, vendas, cintas,
en suma bienes y males.
La Fortuna, que es traviesa,
cuando vio el tropel entrar,
se entretuvo en colocar
por la orilla de la mesa
muchas cañas de pescar.
Y dijo con aire ufano:
Para que el linaje humano
cese de ponerse apodos,
van a tener en la mano

desde hoy su ventura todos.
  En la mesa viendo estáis
cuanto recibí del cielo:
con el brazo no llegáis;
vamos a ver qué sacáis
con hilo, caña y anzuelo.
  Si algún infeliz se engaña,
y mal por bien se le enreda,
que se queje de su maña.
Señores, mano a la caña,
y a pescar lo que se pueda.
  ¡Allí fue ver a la par
a fogosos y tranquilos
anzuelos al aire echar!
¡Allí enredarse los hilos,
y romperlos al tirar!
  Tras una dote un machucho
fatigó la caña mucho;
pero con tan mala traza,
que le salió un cucurucho
de dulces de calabaza.
  Por un anillo ducal,
que una Venus de arrabal
ambicionó muy de veras,
enganchó un par de tijeras
y un hábito de sayal.
  Un coplero sin donaire
por poco un laurel alcanza;
mas, burlando su esperanza,
le alzó una manta en el aire
como al pobre Sancho Panza.
  Un jugador que a un bolsillo
el anzuelo encaminó,
hizo presa en el gatillo
de un cargado cachorrillo,
que al disparar le mató.
  Pescaba el sordo muletas
y el volatín andadores,
y algunas niñas inquietas
pescaban en vez de flores
hilo hermoso de calcetas.
  Y entre tanto un guardador
de la villa por la noche
(sereno diré mejor)
se halló con palacio y coche,
Serenísimo Señor.
  Así entre ruidosos gritos,
de pena o de gusto locos,
picaron allí toditos:
los contentos fueron pocos,
los quejosos infinitos.
  Vio la Fortuna la gresca,
y en ella su desagravio,
y con lástima burlesca

dijo al fin: Que Diego el sabio
nos dé una lección de pesca.
  Llaman al sabio Don Diego,
y entra conducido luego
de un perrillo ladrador:
-¡Calla! (exclaman) ¡es un ciego!
¡Buen ojo de pescador!
  Silban todos al pobrete;
y él sin que nada le inquiete,
oye, tienta, hace su arroje,
y en vez de una prenda, coge
con el anzuelo el tapete.
  ¡Bravo! Claman por aquí.
¡Viva! Chillan por allá.
¡Buena la lección está!
Don Diego entre tanto va
tirando el tapete a sí.
  Con él vino, por supuesto,
cuanto en él estaba puesto
porque nadie lo pilló,
y al pie del sabio modesto
desde la mesa rodó.
  Coronas de soberano,
dotes de bella mujer,
bastones, oro, placer:
todo lo tiene en su mano,
de todo puede escoger.
  A un cetro tomó afición;
mas pesaba en demasía:
le dejó con un bastón,
que vio que se convertía
en látigo de sayón.
  Encontró venalidad
en el sí de una belleza,
en un laurel vanidad,
cuidados en la riqueza
y odio en la celebridad.
  Y en vez de gloria y poder,
tomó el limitado haber
de una honrada medianía,
que vivir le permitía
sin malgastar ni deber.
  -El ciego os ha de enseñar
(dijo la Fortuna al dar
la señal para salir)
cómo podréis alcanzar,
cómo debéis elegir.

  Legítima herencia son
del ilustrado varón
los bienes que el mundo encierra;
pero no hay dicha en la tierra
donde no hay moderación.

Fábula XXXIV

El diamante y el cristal.

Cierto lapidario
perdió en un camino
un diamante tosco
y un cristal pulido.
A su camarada
el diamante dijo:
Yo salir espero
pronto de este sitio.
Piedra soy al cabo
de valor crecido:
quien me encuentre, llena
de oro su bolsillo.
El cristal picado
respondiole: Amigo,
mucho es lo que vales;
pero no te envidio.
Tú y un vil guijarro
parecéis lo mismo:
¿Quién, pues, ha de verte,
si te falta brillo?
Unos pasajeros
acercarse miro:
vamos a ver de ambos
quién es preferido.
El cristal lanzaba
resplandores vivos,
y esto a los viajantes
reparar les hizo.
Bájanse a cogerle,
le alzan con cariño,
y entre tanto pisan
al diamante rico.
Y sin ser de nadie
desde entonces visto,
se quedó en el polvo
para siempre hundido.

Méritos ahora
húndense de fijo,
si les falta un poco
de charlatanismo.

Fábula XXXV

El asno feliz.

Llevaba por las calles un jumento
varios tiestos en flor, y el grato aroma
que embalsamaba el viento,
alrededor juntaba del pollino
cuantas narices de goloso olfato
hallaba en el camino.
Viendo que se le sigue, va y lo toma
por él el mentecato,
y exclama interiormente:
No hay duda que hay aquí muy buena gente,
y es conmigo finísima en sus modos.
Todos me obsequian, me acompañan todos.
La estación de las flores poco dura.
Sucede que otro día
le cargan a mi burro de basura;
y huyendo entonces el fatal encuentro,
se vuelve cada cual o se desvía,
y en hallando un portal, se mete dentro.
Y el animal decía:
No se me puede honrar más a las claras:
todos, para que marche sin tropiezo,
se apartan de mi lado veinte varas.

Así vive feliz un arrapiezo
de los que dicen *diferiencia* y *buya*,
porque tiene la suerte
de que nada interpreta en contra suya,
y todo en su provecho lo convierte.

Fábula XXXVI

Esopo y el borrico.

Al buen Esopo díjole un borrico:
Por quien soy te suplico,
si en algún cuentecillo me introduces,
que pongas, como debes, en mi labio
singular discreción, lenguaje sabio.
Esopo respondió: Yo bien podría
fingirte bestia de talento y luces;
pero al ver el solemne desatino
todo el mundo a una voz nos llamaría,
el filósofo a ti, y a mí el pollino.

Es alabar a un necio

locura digna de común desprecio.

Fábula XXXVII

El cuadro del burro.

Pintó el insigne Don Francisco Goya
con tan rara verdad y valentía
un burro de la casa en que vivía,
que el cuadro borrical era una joya.
Mister qué sé yo quién, inglés muy rico,
veinte mil reales por el lienzo daba;
Goya, que a la sazón necesitaba
un estudio bien hecho de borrico,
tenaz a enajenarlo se negaba.
Oyendo al fin un día
el asno vivo discutir el trato,
exclamó sollozando de alegría:
¡Mil duros da el inglés por mi retrato!
Por el original, ¿qué no daría?

Fábula XXXVIII

El jumento murmurador.

Señor, es fuerza que la sangre corra,
(dijo al león solícita la zorra.)
Sin cesar el estúpido jumento
de ti murmura con furor violento.
-¡Bah! (Respondió la generosa fiera),
déjale que rebuzne cuanto quiera.

Pecho se necesita bien mezquino
para sentir injurias de pollino.

Fábula XXXIX

El peral.

A un peral una piedra
tiró un muchacho,
y una pera exquisita
soltole el árbol.

Las almas nobles,
por el mal que les hacen,
vuelven favores.

Fábula XL

La luciérnaga y el sapo.

En el silencio de la noche oscura
sale de la espesura
incauta la luciérnaga modesta,
y su templado brillo
luce en la oscuridad el gusanillo.
Un sapo vil, a quien la luz enoja,
tiro traidor le asesta,
y de su boca inmunda
la saliva mortífera le arroja.
La luciérnaga dijo moribunda:
¿Qué te hice yo para que así atentaras
a mi vida inocente?
Y el monstruo respondió: Bicho imprudente,
siempre las distinciones valen caras:
no te escupiera yo, si no brillaras.

Fábula XLI

Los caracoles.

Dos caracoles un día
tuvieron fuerte quimera
sobre quién mayor carrera
en menos tiempo daría.
Una rana les decía:
Yo he llegado a sospechar
que sois ambos a la par
algo duros de mover;
antes de echar a correr,
mirad si podéis andar.

Fábula XLII

La sobriedad del gato.

Bebe agua pura como yo, borracho,
(dijo el gato al mosquito.)
¿Cómo tu paladar halla exquisito
ese indecente y pérfido calducho,
de cuyo olor no más tomo yo empacho?
-¿De manera que usted, según escucho,
(contestó al miz el músico de oreja)
sólo el vinillo deja,
porque la tal bebida no le agrada?
Pues yo también, sin ponderarlo nada,
ese mérito igualo peregrino.
Si usted no cata el vino,
yo no como ratones, camarada.

Fábula XLIII

El pescador.

Un pobre pescador, volviendo al puerto,
sacó en la red un muerto.
Sin mirar si era fiel o si era moro,
sepultura le dio, y halló un tesoro.

Premio de su virtud sencilla y pura,
la caridad le trajo la ventura.

Fábula XLIV

La tierra de los cojos.

No lejos del *Estrecho*
que hoy es *de Gibraltar* apellidado,
hubo antes un país, ya sepultado
por la furia del mar. Allí no había
ni un hombre que al andar fuese derecho:
ley natural, que de sorpresa embarga
por única en el mundo todavía,
nacer a los indígenas hacía
con una pierna corta y otra larga.
Salta pues, a los ojos
que a tal disposición de piernas, era
consiguiente y precisa la cojera;
pues aunque hay muchos cojos
por otras causas que decir no importa,
cojo es el que se ve por su desdicha
con una pierna larga y otra corta,

o, términos usando generales,
el que tiene las piernas desiguales.
Aparte de la gracia susodicha,
cual si tuvieran en la lengua nudos
mujeres y varones,
hablaban además a trompicones:
cojos eran en fin y tartamudos.
Arribó a este país un europeo,
y al notar circunstancia tan chocante,
dijo muy arrogante:
Rey voy a ser aquí, pues no cojeo.
El hombre se llevó terrible chasco.
No bien de una ciudad las calles pisa,
cuando viéndole andar los moradores,
quién de lástima exclama, quién de risa:
fruncen el gesto, y aparentan asco
señoritas, señoras y señores:
haciendo muecas y soltando pullas,
sigue la multitud al forastero,
«que anda como los pavos y las grullas»;
y hasta un despilfarrado zapatero,
asiéndole del brazo,
en tomarle medida se empeñaba
para hacerle una bota, que supliera
con lo alto del tacón el gran pedazo
que, según él juzgaba,
en una pierna al otro le faltaba.
Burlado el infeliz de tal manera,
ya no pudo callar. -Pueblo sin juicio
(grita con voz robusta y altanera),
ir derecho no es vicio;
lo vicioso y lo feo [93]
es el vaivén, el torpe bamboleo
que sin cesar vais dando
por no poder andar: yo soy el que ando;
y atónitos de ver mi gallardía,
cada cual imitarme debería,
si esto le fuese dable
a una turba de cojos miserable.
Todas estas injurias imprudentes
no las oyeron bien aquellas gentes;
pues como al son de la primera frase
del colérico huésped, observaron
que no era tartamudo, no esperaron
a que él sus invectivas acabase,
para aturdirle a voces y silbidos.
Cosa fue de taparse los oídos.
-¡Qué-qué-qué-qué (decían) lengua-guaje!
De-de lo que habla el mu-mu-muy salvaje,
la-la mi-mi-mitad se-se co-come.
Que un ma-maestro se-se le-le lleve,
y a fu-fu-fuerza de-de zu-zurridos,
que-que la-la costu-tu-tumbre tome
de-de hablar y an-andar co-como debe.

Si en escapar de allí se tarda un poco,
me le enjaulan por loco.

Tal suele acontecer al desdichado,
que a combatir se atreve
un error por el tiempo consagrado.

Fábula XLV

El ruiseñor y la calandria.

Poeta campanudo, que te pierdes
allá por las fantásticas alturas,
sin que en tu vuelo rápido te acuerdes
de que al pobre lector dejas a oscuras,
a ti con las palabras me dirijo
que el ruiseñor a la calandria dijo:
¿Por qué tan a las nubes te levantas?
¿Quieres que no se entienda lo que cantas?

Fábula XLVI

El linajudo y el ciego.

A un ciego le decía un linajudo:
Todos mis ascendientes héroes fueron.
Y respondiole el ciego: No lo dudo:
yo sin vista nací; mis padres vieron.

No se envanezca de su ilustre raza
quien debió ser melón y es calabaza.

Fábula LXVII

El molinero.

Nuestros romances de ciego
(jácaras que dicen otros),
ya se sabe que empezaban
exactamente de un modo.
Para cantar las proezas
de algún insigne galopo,
que acabó suspenso en horca

sus días facinerosos;
para referir con gracia
las trapisondas y embrollos
de alguna bruja, tres veces
baqueteada en el lomo;
o bien para describir
los sucesos portentosos
de Mari-Muñoz la tuerta
y Andrés Chaparrín el sordo,
principiaban los poetas
pidiendo al Señor devotos
favor para celebrar [97]
lances que inspiró el demonio.
Yo que un romance de aquéllos
enjaretar me propongo,
seguir quisiera un estilo
tan general y piadoso;
pero temiendo que digan
que no es de fábulas propio
nombrar a Dios ni a la Virgen,
ni al celeste consistorio;
ya que haga una invocación,
según la norma que adopto,
invocaré un personaje
fabulable y fabuloso.
Tú, Lazarillo de Tormes,
sisón célebre entre todos,
tú que tan cara pagaste
la longaniza y el mosto;
ya que según nos refieres
en esas páginas de oro,
bajo el techo de un molino
abriste a la luz los ojos,
inspira mi lengua sosa,
dale tu decir donoso
para que el garbo engrandezca
del molinero Jeromo.
Jerónimo Garranchón,
ágil y robusto mozo,
de vista de águila y manos
como entre de gato y mono,
alquilaba de ordinario,
cual diestro en aquel negocio,
el molino de la harina
de un pueblo cerca de Toro.
Los molineros allí,
desde el tiempo de los godos,
de todo el trigo que muelen
se hacen en especie cobro.
Maquilar llaman a esto;
mal-quitar, sostuvo un docto
que fuera mejor; la causa
búsquela por sí el curioso.
Maquila es la cantidad

que el labrador por abono
cede al molinero en cambio
de hacerle su grano polvo.
A Jeromo, de maquila,
tocaba en fanega sólo
medio celemín rasado,
sin una línea de colmo;
pero él las cosas a medias
las miró siempre con odio,
y a pares los celemines
maquilaba sin rebozo.
-Es (clamaban los vecinos)
cosa que nos vuelve locos:
trigo que dé menos pan,
nunca lo vimos nosotros.
Esta merma ocasionó
quejas, riñas y alborotos,
y fue quitado el molino
al tal picaron de a folio.
Tomolo un amigo suyo,
que, siendo sisón más corto,
comparándole al primero,
era concienzudo y *probo*.
Tuvo el nuestro que moler,
después que sufrió el despojo,
una fanega de aquéllas
que ganó, ya dije cómo;
y encontró a su sucesor
fuera del molino en corro,
jugando con siete holgones
una merienda de pollos.
-¿Tienes prisa? dijo el nuevo.
-Sí. -Pues yo no me incomodo.
Muele y maquila por mí.
-Corriente: a ver si me porto.
Descargó y entró el costal;
hinchió la tolva, y de pronto
lleno de trigo sacó
un esportón ancho y hondo.
-¿Habré maquilado bien?
(preguntó al nuevo, Jeromo.)
El hombre, viendo la espuerta,
le contestó con asombro:
¿No mueles una fanega?
-Sí. -Pues, si no me equivoco,
en ese capacho sacas
tres celemines. -Y bobos.
-¿Y es el trigo tuyo? -Mío;
pero es tan blanco y tan gordo,
que maquilar la mitad,
aún me pareciera poco.

Es natural: ciertos vicios,
cuando se arraigan a fondo,

a costa de cuanto tiene
los ejercita el vicioso.

Fábula XLVIII

La escala.

Hambriento un avión cogió un mosquito,
que indulto le pidió por ser chiquito
y dar poco alimento;
pero enojado el otro, a fuer de hambriento,
-No esperes (dijo) que tu voz me ablande:
muere; que si eres chico, yo soy grande.
No bien hizo la muerte el inhumano,
píllale entre sus uñas un milano.
Temblando el avión gime y suplica;
pero el milano adusto le replica:
-No tienes que pensar que yo me ablande;
muere, que tú eres chico y yo soy grande.
Vio el águila al milano, entretenido
en devorar el pájaro cogido,
y volando veloz, le prende y mata,
por más que ruega y de salvarse trata.
-No es fácil (murmuró) que yo me ablande;
muere, que tú eres chico y yo soy grande.
Fue el águila a volar; pero la bala
de un diestro cazador le rompe un ala,
y al revolcarse por el suelo herida,
-¿Por qué (gritó) me privas de la vida?
-Porque no hay (dijo el hombre) quien me mande:
muere, pues eres chica, y yo soy grande.

Nadie uso indigno de sus fuerzas haga,
o sepa, si obra mal, que al fin se paga.
No murió el cazador, y sí el mosquito,
y el lector pensará que sin delito.
No, pues al cazador con furia impía
le chupaba la sangre noche y día.

Fábula XLIX

La prudencia humana.

Cayó en la red del pescador artero
un barbo jovencito.
¡Allí fue trabajar el prisionero

para romper el cáñamo maldito!
Chupa, muerde, batalla,
deshilacha el torzal, quiebra una malla,
y al fin se libra del peligro fiero.
-¡Caramba! (prorrumpió) ¡de buena escapo!
Viviré en adelante sobre aviso.
Quien me pesque otra vez, ya ha de ser guapo.
Mas una cosa de comer diviso,
que a merced de las olas sobrenada,
por un hilo sutil a un palo atada.
Es, si no me equivoco,
pan, y buena ración; pues me la emboco.
Tírase al cebo el pez sin más recelo,
y al salir de la red, tragó el anzuelo.

Así, con sus propósitos ufana,
se arroja en pos del apetito loco
de yerro en yerro la prudencia humana.

Fábula L

La vida del hombre.

Hecho ya el mundo y poblado
con todos sus animales,
a cada cual su destino
Júpiter quiso anunciarle.
-Tú has de servir (dijo al asno)
de acémila perdurable:
te darán mal de comer
y palos a centenares.
Treinta años es necesario
que en ese oficio trabajes;
después de treinta cumplidos,
te dejaré que descanses.
-Treinta años (replicó el burro)
de afán, de palizas y hambre,
son demasiado: te pido
que unos veinte me rebajes.
Júpiter convino en ello,
y al perro mandó acercarse.
-Tú (dijo) serás del hombre
compañero inseparable.
Tú cazarás, y tu dueño
comerá lo que tú caces;
tú le guardarás la casa
treinta y cinco años cabales.
-Muchos son (repuso el perro),
porque es el trabajo grande:
quítame los veinticinco;

basta con los diez restantes.
-Norabuena (contestó,
el siempre benigno padre):
vete en paz, y al mono dile
que se me ponga delante.
Pasado el aviso al mono,
que vino haciendo visajes:
-Tú (díjole el dios riendo)
casi para nada vales.
Arrastrando una cadena
y en poder de charlatanes,
veinticuatro años harás
la diversión de las calles.
-¡Yo (gritó el mono) sufrir
veinticuatro años de ultrajes!
Rebaja pido. -Corriente.
¿Cuánto? -La tercera parte.
Tocaba entonces al hombre
a Júpiter presentarse.
-Ven tú, predilecto mío,
(prorrumpió el numen afable.)
Mira esas verdes colinas,
mira esos floridos valles,
mira ese revuelto mar,
que tú poblarás de naves;
todo es tuyo: vive y goza
tesoros tan abundantes.
Treinta años te doy, que es tiempo
harto para que te sacies.
-¡Treinta no más! (clamó el hombre.)
Es un soplo, es un instante.
Con plazo tan reducido,
¿qué ha de poder disfrutarse?
Dame cien años lo menos,
o si no, recoge y dame
todos los que el mono, el perro
y el asno dejaron antes.
Júpiter condescendió,
bien que no de buen talante,
y explicó de esta manera
su decreto inalterable:
-Al asno, al perro y al mono
la vida les heredaste;
les heredarás también
con ella sus propiedades.
Treinta años de vida de hombre
tendrás feliz y agradable;
pero de bestia será
desde treinta en adelante.
De los treinta a los cincuenta
en ti lloverán afanes;
mantendrás casa y familia
con tu labor incesante.
De allí a los sesenta y cinco,

adorando en lo que guardes,
no dormirás, recelando
que todos van a robarte.
Si de allí pasas, entonces,
perdidas tus facultades,
te harán fábula del mundo
chocheces inaguantables.
Mejor mil veces te fuera
con mi gusto conformarte:
bien te di, y el *mal* pediste
quien lo quiso, que lo pase.

Fábula LI

Júpiter y la oveja.

Tantos y tales trabajos
hicieron pasar las fieras
al más inocente bruto,
a la pacífica oveja,
que a Júpiter hubo al cabo
de pedir que discurriera
cómo buscaba camino
para aliviar sus miserias.
Júpiter le dijo: -Veo,
y harto de verlo me pesa,
mansa criatura mía,
que te he dejado indefensa.
Para suplir esta falta,
elige el medio que quieras:
las armas que más te agraden,
te dará mi omnipotencia.
¿Quieres que dientes agudos
en tus mandíbulas crezcan,
o que tus pies se revistan
de fuertes garras que hieran?
-No quisiera yo, señor
(respondió la pretendienta)
cosa que me asemejara
a la raza carnicera.
-¿Será mejor que introduzca
mortal veneno en tu lengua?
-No, que me aborrecerán
lo mismo que a las culebras.
-¿Quieres que te arme de cuernos
y a tu frente dé más fuerza?
-No, que entonces, como el chivo,
no me hartaré de pendencias.
-Pues, hija, yo sólo puedo
salvarte de una manera:

para que no te hagan daño,
preciso es que hacerlo puedas.
-¿Preciso? (la oveja exclama,
dando un suspiro de pena):
prefiero entonces a todo
mi flaca naturaleza.
La facultad de dañar
gana de dañar despierta,
y por no hacer sinrazones,
vale más el padecerlas.
Júpiter enternecido
bendijo a la mansa bestia,
y ella no volvió jamás
a pronunciar una queja.

Fábula LII

El alma de Salomón.

Un laborioso anciano
de sol a sol sin descansar labraba
la fértil heredad que poseía.
Él por su mano araba;
él por sí mismo el grano,
que el sustento común del hombre encierra,
solícito vertía
en el fecundo seno de la tierra.
A la sombra una vez que en torno arroja
una altanera encina,
copuda en ramas y poblada en hoja,
preséntase al anciano de repente
una visión divina.
Él se sorprende y pasma;
y en acento más dulce que severo
le dice la fantasma:
«No la presencia mía te amedrente:
Soy Salomón: declárame sincero,
¿por qué, ya que tu edad va declinando,
tan ávido te afanas trabajando?
-Si eres el sabio rey gloria de Oriente,
(el labrador contesta)
ya puedes figurarte mi respuesta.
Yo estudié con desvelo tus lecciones:
en ellas al mancebo le propones
que a recoger aprenda de la hormiga,
sin perdonar momento ni fatiga.
Yo su ejemplo he seguido,
y lo que dócil aprendí mancebo,
viejo también a ejecución lo llevo.
-A medias solamente has aprendido

(dijo la sombra) mi consejo sano.
Vuelve de nuevo y a la hormiga observa,
y en su sagaz gobierno
verás que si trabaja en el verano,
prudente se reserva
sus acopios gozar en el invierno.
Tú, que al invierno triste
llegaste de la vida,
reposa ya y descuida,
y disfruta por fin lo que adquiriste.

Fábula LIII

El cangrejo.

Resto de una comida,
que orilla de un arroyo fue servida,
quedó sobre las yerbas arrojado
el conchudo cadáver de un cangrejo,
lo mismo que la grana colorado.
Miraban y admiraban reflexivos
otros cangrejos vivos
aquel tinte magnífico bermejo,
y cada cual de su interior exhala
esta loca expresión: ¡Hermosa gala!
¡Quién el secreto raro poseyera
de poderse pintar de igual manera!
Oyendo la ocurrencia peregrina,
díjoles un ratón, docto en cocina:
Para adquirir matices tan brillantes,
no hay otro medio que coceros antes:
mirad, pues, lo que al mísero le cuesta
la mortaja de honor que tiene puesta.

Quien envidie la fama esclarecida
que a los varones célebres rodea,
tome su historia y vea
¡cuánto dolor acibaró su vida!

Fábula LIV

El león y la liebre.

Cierto león solía
por su bondad de genio
tener con una liebre

sus ratos de recreo.
¿Es verdad (preguntole
la liebre en uno de ellos)
que un miserable gallo,
si empieza el cacareo,
os hace a los leones
tímidos ir huyendo?
-No tienes que dudarlo
(dijo el león sincero):
lo mismo al elefante
le pasa con el cerdo,
que si oye su gruñido,
se asusta sin remedio.
Los grandes animales
(preciso es conocerlo)
una flaqueza de estas
por lo común tenemos.
-¿Sí? (replicó la liebre.)
Vamos, pues ya comprendo
por qué tememos tanto
nosotras a los perros.

Fábula LV

Los viajes.

Un pescador, vecino de Bilbao,
cogió, yo no sé dónde, un bacalao.
-¿Qué vas a hacer conmigo?
(el pez le preguntó con voz llorosa.)
Él respondió: Te llevaré a mi esposa:
ella con pulcritud y ligereza
te cortará del cuerpo la cabeza;
negociaré después con un amigo,
y si me da por ti maravedises,
irás con él a recorrer países.
-¡Sin cabeza! ¡Ay de mí! (gritó el pescado.)
Y replicó el discreto vascongado:
¿Por esa pequeñez te desazonas?
Pues hoy viajan así muchas personas.

Fábula LVI

El plantador.

Yo esa higuera planté y aquel manzano,

y ambos me rinden hoy copioso fruto.
Hijos, igual tributo
debéis pagar a vuestro padre anciano.

Fábula LVII

La mariposa y la efímera.

LA MARIPOSA.

Insectillo
singular,
¿quién te puso
donde estás?

LA EFÍMERA.

Ha corrido
la mitad
de mi vida
natural,
y he morado
siempre en paz
esta mata
de arrayán.

LA MARIPOSA.

Yo el cercano
manantial
acostumbro
visitar,
y te juro
que jamás
vi tu rastro
ni tu faz.
Tú no estabas,
en verdad,
ha tres horas
por acá.

LA EFÍMERA.

Bien lo puedes
afirmar:
yo no tengo
tanta edad.

LA MARIPOSA.

¿Cuánta vida
Dios os da,
por el orden
regular?

LA EFÍMERA.

Muchas horas:
seis quizá.

LA MARIPOSA.

¡Espantosa
brevedad!

LA EFÍMERA.

¿Hay especie
de animal
cuya vida
dure más?

LA MARIPOSA.

Infinitos
de los que hay,
miles de horas
ven pasar.

LA EFÍMERA.

¡Oh, qué inmensa
cantidad!
¿Luego nunca
morirán?

LA MARIPOSA.

Todos tienen
que acabar:
ley es esta
general.

LA EFÍMERA.

Si su vida
cesará,
no la debo
codiciar.
Larga o corta,
se hace igual
en el punto
de expirar.

Fábula LVIII

El extracto de la biblioteca.

Hizo un rey extractar su librería,
que los tomos contaba por millones,
y un resumen le dieron que tenía
estos cuatro renglones:

«Un *quizá* representa
la ciencia toda que el mortal adquiere,
y la historia del hombre sólo cuenta
que *nace, pena y muere*.»
Pero el Monarca, sabio verdadero,
mandó añadir tras el renglón postrero:
«Cuando el hombre del cuerpo se desnuda,
ve claro al fin lo que viviendo duda,
y a la paciente vida meritoria
sigue infinito bien, eterna gloria.»

Fábula LIX

El canto del cisne.

LA PALOMA.

Dulcísimos ecos
llegaron a mí,
paloma nativa
de extraño país.
Decid, ruiseñores,
¿quién canta? Decid.
Igual melodía
jamás os oí.

LOS RUISEÑORES.

Paloma que pasas
por este jardín,
el músico dulce
le tienes aquí.
De viejo anhelando
cesar de vivir,
el cisne celebra
su próximo fin.

LA PALOMA.

Venid, avecillas,
conmigo venid;
la muerte admiremos
del ave feliz.
¡Bien hayan las vidas
que acaban así!
¡Bendito el que puede
cantando morir!

Fábula LX

La madre y el alma inocente.

LA MADRE.
Murió mi dulce María,
mi consuelo, mi alegría:
con ella al sepulcro voy.

EL ALMA INOCENTE.
No me llores, madre mía:
yo era mujer, ángel soy.

Fábula LXI

Los muertos envidiados.

Miraba Calderón (no el de la Barca,
sino el que fue ministro del monarca
Don Felipe tercero),
Rodrigo Calderón miraba, digo,
un cementerio de Madrid un día,
y en él halló un letrero
cercano del umbral, que así decía:
«Amigo y enemigo
aquí en profunda paz reposan juntos.»
-¡Ay! (Exclamó Rodrigo)
¡venturosos mil veces los difuntos!

Fábula LXII

La regla general.

UN JOVEN.
Amé a Dios y a mis padres, fui buen hijo,
y el Señor en la tierra me bendijo.

UNA JOVEN.
De tener buena madre honrarme puedo:
su virtud aprendí, su dicha heredo.

OTRA JOVEN.
Me crié sin que a nadie obedeciera:
hoy vivo sin salud en la Galera.

OTRO JOVEN.
Irreligioso joven, hijo malo,
maldito del Señor, muero en un palo.

REGLA GENERAL.

El mundo enseña, de ejemplares lleno,
que para ser feliz, hay que ser bueno.
El justo goza, los malvados gimen.
¡Dichosa la virtud! ¡Mísero el crimen!